
Cuatro reflexiones sobre un turismo rural posible

Alberto Paris Roche
Técnico en Turismo Difuso

Ante la petición de la asociación "Ontejas", o podía dejar de escribir este artículo, nada fácil, y mostrar aquí mi sincera opinión sobre el turismo. Sirva de agradecimiento a la excepcional ayuda de Fortanete a la puesta en marcha del Sendero GR-8, que tuve la suerte de desarrollar.

Cada vez que seme pide que hable sobre turismo verde o sobre el turismo difuso, converge en mi cabeza una brillante esperanza con cierta dosis de escepticismo.

Los bancales abandonados, las escuelas mermadas, las gentes envejecidas, el escaso peso de nuestros periódicos locales, e incluso cada revuelta mil veces parcheada de las carreteras que me llevan por estos mundos de Dios llamados Aragón, no dejan duda de que en el medio rural y más aún en las zonas de montaña, las actividades económicas tradicionales que antaño fueron rentables han sido llamadas a una transformación y por sí solas no serán suficientes para el sostenimiento de las comarcas.

El trigo cultivado a más de 1.000 m en tablas pequeñas, difícilmente competirá en precio con el de la Tierra Baja cultivado por métodos extensivos. Una miniexplotación lechera alejada de los centros de consumo y de elaboración de productos lácteos no tendrá nunca la viabilidad que otra del mismo tamaño próxima a una ciudad y asociada a una cooperativa de transformación.

La crisis de las actividades económicas tradicionales ha traído como consecuencia la desvalorización de unos modos de vida, que van sustituyéndose en expectativas profesionales y de hábitos del medio urbano, las más de las veces no conseguidas. Así, el cuidado por la conservación y enriquecimiento de la casa se torna en descuido del patrimonio a la búsqueda de un beneficio rápido; el jornal agrícola duro pero reconocido, se trueca en trabajo asalariado anónimo en una fábrica, las romerías donde nacían las familias se han sustituido por las discotecas donde nace el desencanto; la inversión y el ahorro dejan paso a un consumo personal y rápido.

Se puede resumir la situación en una población reducida y envejecida, en un bajo rendimiento de las estructuras productivas y cierto pesimismo ante la falta de un modelo claro de desarrollo.

Son muchos los ilusos y los oportunistas que invocan al turismo como alternativa económica y la solución a los problemas del medio rural. Tal vez pueda ser cierto en uno de cada doscientos pueblos. Yo no he estado en ninguno que así suceda,. Sí he visto, sin embargo, ejemplos de un turismo que sin querer suplantar ni alterar el sector primario (agricultura, ganadería y montes) ni la industria, aportan a los pueblos unos puestos de trabajo más, unos ingresos más y cierta vida y alegría.

Desgraciadamente, el modelo de turismo que se implanta en nuestras tierras, tras su brillante atuendo de crecimiento urbanístico y de atasco bullicioso de veinte días al año, esconden una hipoteca de los recursos, y el hambre y la pérdida de identidad para mañana. Hay desde luego quien se hace rico, pero esta riqueza no mejorará la calidad de vida de la comarca.

No tiene sentido apoyar costosas iniciativas de capital foráneo, porque los beneficios acabarán también marchándose fuera.

No tiene sentido engañarse con el empleo generado en la construcción de apartamentos o extrañas obras públicas, pues los mayores jornales son para la mano de obra foránea, y más

tarde o más temprano se acabarán, obligando a emigrar a los que así buscaron su modo de vida.

No tiene sentido impulsar con un mimo expresado en chorros incontrolados de dinero público extrañas actividades económicas de dudosa rentabilidad social, mientras se descuida la ganadería, la agricultura y el sector forestal, que han sido la base de la vida de nuestras comarcas.

No tiene sentido ignorar e incluso negar la posibilidad de una actividad industrial en el medio rural, cuando otros países han demostrado que la distancia a los centros de consumo no es un obstáculo insalvable, y que es compensado en parte por la proximidad de las materias primas. Valgan de ejemplo serrerías, industrias cárnicas, industrias cerámicas, apícolas, calzado, peletería, etc.

Menos sentido tiene aún destruir o mermar los montes, los campos, y la tranquilidad de los pueblos, pues son hoy casi la única ventaja de sus habitantes, y un bien común explotable turística y culturalmente.

No parece, leyendo lo anterior, que yo me gane las lentejas (y el vino) con el turismo. Es así, sin embargo.

Creo que un turismo a pequeña escala (nunca más de la quinta parte de la actividad económica total) puede servir de complemento a las actividades productivas sin competir con ellas. Esto es: sin elevar demasiado el precio del suelo, ni de la mano de obra; sin acaparar las inversiones; sin descuidar la formación profesional; y, sin alterar los modos de vida del pueblo.

Sobre qué tipo de turismo debe ser éste, no me cabe la menor duda. Sus características, que no coinciden para nada con las perseguidas por los especuladores ni por las políticas de incentivo turístico de palo de ciego, son:

- Los atractivos o reclamos empleados deben ser ciertos y basados en actividades culturales o deportivas (visitas posibles de monumentos, gastronomía, excursiones posibles, cursos, clases, cuevas, equitación, ciclismo, caza, etc. Insisto en la oferta de un ocio activo y realizable, a ser posible plasmado en propuestas concretas. Nunca debe ofertarse un esquí sin pistas, unos monumentos que no pueden visitarse ni comprenderse, una gastronomía de vino con gaseosa, cocacola caliente y lomo con patatas fritas, ni un medio natural desprotegido pero sin facilidades de conocerlo.
- Debe tenerse en cuenta que centrando el turismo en ofertas deportivas o culturales, se está llamando a unos clientes que, si bien nunca serán masa, sí son más constantes, quedando a salvo de los caprichos de las modas y de los gamberros.
- Los tipos de usuarios o clientes a quienes este tipo de turismo rural ha de ir dirigido deben ser reales y no imaginarios. Est afecta en gran parte a los precios. Deben destacarse los colectivos escolares y de la tercera edad, pues son los únicos clientes de "entre semana" y d toda la temporada. Es más importante para un pueblo pequeño conseguir 5 puestos de trabajo fijo durante los 12 meses del año, que 20 contratos de 3 meses. Se puede pues afirmar que hay que tender hacia una oferta pequeña, barata y pluriestacional. No por ello descartar otras ofertas también pequeñas pero de mayor calidad, pero que no requieren serias inversiones, como por ejemplo un restaurante que disponga, además de un menú de una acertada cata de vinos y de viandas de la tierra.
- Las inversiones a realizar en el sector turístico, sobretudo las de dinero público, han de ser proporcionales al peso del turismo en la economía, e ir dirigidas a la infraestructura de la oferta, a la formación de profesionales y a la propaganda. No cabe regalar el dinero al turismo incierto y especulativo, cuando se niega a la agricultura y a la ganadería.

- El respeto a la naturaleza y al patrimonio histórico ha de estar presente encima de todo, y no es por romanticismo, es por sentido común. Ambos valores son la verdadera oferta turística y un orgullo para los habitantes que a veces sólo se valora cuando se pierde. Cuando el patrimonio se destruye (un pueblo se aféa, un monte se arrasa, una fuente se tapona, etc.) ocurre que siempre hay una pérdida pública, en ocasiones irreparable, por una ganancia privada, a veces efímera.

Si me equivoco y el patrimonio natural y cultural es una tontería y carece de valor, es muy difícil rectificar. El hombre de hoy, en cuatro días, es muy capaz de arrasar los montes, contaminar los acuíferos, vender las ermitas a los catalanes y americanos, cortar el paso a los rebaños, abrir los campos y pinares al tráfico, enrunar los ríos...y, ¿por qué no? Hacer de los abuelos los "peces raros" de sus propios pueblos.

Se me olvidaba, ¿qué es el sendero GR-8?

Es sobre todo, la cabezonería de una gente que nos empeñamos en demostrar que Teruel vale la pena ser visitado y conocido, y que una buena excusa para ello son cualquiera de los 350 km de caminos señalizados por 25 municipios.

Es una minúscula inversión pública, en lo que llamo más arriba "infraestructura de la oferta", que costó sudores conseguirla. Que debería servir de base para otras inversiones, para la creación de albergues y otra oferta deportiva.

Son ya 1.000 libros vendidos por la F.A.M. (Federación Aragonesa de Montaña) en pocos meses, lo que demuestra el interés por estas comarcas y por este tipo de turismo.

Fue la excusa para organizar la inauguración en y por Fortanete. Yo aprendo de esto que si un pueblo quiere hacer algo, y se junta para ello, lo saca adelante y bien.

Que sirva esta fiesta de ejemplo para empresas mayores.

Con agradecimiento.